

## LA RESISTENCIA AL TRASLUZ: LA TRADUCCIÓN FEMINISTA EN EXAMEN\*

M. ROSARIO MARTÍN RUANO

Desde que a principios de los años noventa se revelaran como un enfoque, aunque todavía periférico, con un claro potencial para propiciar la revisión de la traductología y de las prácticas traductoras, las aproximaciones feministas a la traducción han experimentado un espectacular desarrollo. Efectivamente, hoy el grueso de los estudios de traducción reconoce en calidad de rama de la disciplina unas aportaciones que nacieron con vocación de otorgar visibilidad a las mujeres a través de la traducción, un constructo cultural a su vez feminizado que sin embargo tiende a desconsiderar cuestiones de género. Prueba de este reconocimiento es que a los postulados de esta escuela se dedican capítulos específicos en numerosas obras panorámicas que bosquejan la configuración de las teorías de la traducción contemporáneas (Vidal 1998; Hurtado 2001; Moya 2004).

Es más, el reconocimiento llega hasta el punto de que, lejos de reseñarse como orientaciones marginales, la base y las estrategias de este enfoque en principio ceñido a la esfera literaria se antojan provechosas y extrapolables a ámbitos tan diversos como el audiovisual (Baumgarten 2005), el biosanitario (Weber, Singy y Guex 2005) o el jurídico (Brufau 2005; Vidal y Martín Ruano, en prensa). Por otra parte, si su aceptación en el ámbito teórico es indudable, su aplicación ha trascendido las lindes de lo académico para extenderse a la esfera profesional y el mundo editorial. Las teorías y prácticas traductoras feministas gozan, en fin, de un carácter institucionalizado.

Evidentemente, como por otra parte han demostrado algunos teóricos que han estudiado los procesos de canonización en que tan activamente participa la traducción, toda institucionalización trae consigo garantías de futuro, pero también omisiones, simplificaciones y/o radicalismos. La consolidación de un autor, un género, un movimiento o, en nuestro caso, un enfoque teórico-práctico nunca es inocente: responde a una política de exclusiones, a un proceso *metonímico* (Tymoczko 1999) del que emerge una imagen inevitablemente parcial e interesada que condiciona la ulterior proyección del objeto. En las siguientes páginas nos detendremos en los elementos sobre los que se ha obrado la institucionalización de las orientaciones feministas de la traducción, en los aspectos resaltados y en los omitidos, con vistas a determinar las bazas, y las limitaciones, de lo que se ha constituido en la “ortodoxia” de estas visiones. En cuanto a las limitaciones, lejos de quedarnos en la mera crítica, repasaremos algunas propuestas que tratan de superar las carencias percibidas en los procedimientos “canónicos” de esta escuela.

Las teorías y prácticas feministas de la traducción hicieron su ingreso en los cauces dominantes de la disciplina a principios de los años noventa, cuando ciertas publicaciones de gran difusión (Bassnett y Lefevere 1990 [1995]; Venuti 1992) dieron voz a la labor desarrollada en Canadá durante al menos una década por un grupo de traductoras. Esta circunstancia no es baladí: aún hoy, el sintagma “traducción feminista” sigue en buena medida asociado, cuando no restringido, a los métodos y estrategias de las canadienses. Estas estrategias, como se sistematiza en un citadísimo artículo de Von Flotow (1991), incluyen la “suplementación” (*supplementing*), el uso de prefacios, notas a pie de página y demás aparato crítico (*prefacing and footnoting*) y la “apropiación” (en inglés denominada *hijacking*, un término en principio acuñado por un detractor de estas prácticas que se tomó como estandarte reivindicativo). En definitiva, las prácticas feministas se perciben asociadas a unas estrategias notablemente intervencionistas.

Si bien los métodos empleados por las canadienses –por otra parte no distintos de los incluidos en las taxonomías de procedimientos técnicos de traducción oblicuos y, en general, englobables en la ancestral técnica de la “compensación”– han recibido notable atención, no ocurrió así con el contexto en el que adquirieron existencia y sentido. En efecto, la divulgación de estas prácticas a menudo obvió el marco en que estaban insertas: un proyecto literario efervescente de “escritura en femenino” (*écriture au féminin*) que aunaba a toda una generación de escritoras canadienses con notable reconocimiento institucional y público. A este movimiento caracterizado por una agenda ideológica combativa con el patriarcado, la osadía en el plano formal y un marcado experimentalismo se adhieren, con el beneplácito y en muchos casos la ayuda de las propias autoras, las traductoras feministas canadienses. Cómplices del mismo compromiso feminista, autoras y traductoras a menudo entablan lo que Levine ha denominado *closelaboration*, una “co-elaboración” en aras de la visibilización

de lo femenino. Así pues, frente a la imagen internacionalmente distribuida de las traductoras feministas como traidoras que sabotean los textos ajenos e imponen en ellos su ideario, la consideración del contexto primigenio ofrece una visión opuesta de su agenda, como adhesión a un macroproyecto cultural, como “fidelidad subversiva” aunque “fidelidad” a fin de cuentas: fidelidad a la subversión de que hacen gala las propias autoras en las obras originales.

En buena medida, esta representación parcial de las orientaciones feministas de la traducción, esta imagen privada de su contextualización oportuna, ha influido en el recelo hacia una praxis que, con todo, permite revitalizar la reflexión y el ejercicio de la traducción. Asimismo, a la infravaloración del contexto cabe achacar el fracaso de ciertas iniciativas que han extrapolado, sin demasiados miramientos, el experimento. Así, mientras la labor de las traductoras canadienses venía avalada por el reconocimiento público del proyecto de escritura en femenino, que predisponía a recibir con los brazos abiertos el arrojo y experimentalismo de las traducciones, en otros contextos culturales desprovistos de una tradición semejante la aplicación de sus corrosivas técnicas se antoja, no sin razón, abusiva. Quizás uno de los desaciertos que ha mermando la expansión de estas tendencias haya sido, precisamente, el trasplante expeditivo de las estrategias defendidas por las canadienses sin una previa revaluación de las nuevas condiciones de recepción; en definitiva, el olvido de que las distintas sociedades difieren en cuanto a los límites de aceptabilidad vigentes.

En cualquier caso, si bien algunos puntos flacos de las prácticas feministas surgen en el trasvase a otras realidades culturales diferentes de la de origen, el proyecto original de las canadienses no es inmune a la crítica. De hecho, en los últimos tiempos diversas autoras han señalado la rigidez y el esencialismo que subyace en su labor pionera. El esencialismo se hace evidente en la naturaleza monolítica y base biológica del concepto de género sobre las que estas traductoras asientan su labor: “I am a Translation/Because I am a Woman” (“Soy traducción/porque soy mujer”), declara de Lotbinière-Harwood (1991:95) en una obra cuyo título vincula claramente la identidad femenina a la anatomía: *Re-belle et infidèle/The Body Bilingual*. Por otra parte, se ha criticado el separatismo de una actividad traductora que se declara en línea con la empresa acometida por autoras como Mary Daly, Jane Caputy, Cheris Kramarae, Paula Treichler, Kate Musgrave, Suzanne Haden Elgin o Jane Mills. En ambos casos, la labor realizada se orienta hacia la creación de, en primer lugar, un lenguaje femenino (un *parler-femme*, un ginolecto) que verdaderamente se corresponda con esa “experiencia particular de la mujer” que se cree alienada por el lenguaje androcéntrico y, en segundo lugar, una “cultura de mujeres” alternativa a la patriarcal al uso.

En retrospectiva, cabría ver las fallas expuestas como características del que Luise von Flotow (1998) identifica como un *primer paradigma* en las aproximaciones de género a la traducción. Este paradigma, al igual que el “feminismo de la diferencia” que tiene como referente, adolecería de un excesivo binarismo, de una conceptualiza-

ción dicotómica de la noción de género (masculino *vs.* femenino) y, por consiguiente, de una actitud universalista que homogeneiza a varones y mujeres en categorías estancas y dificulta el reconocimiento de la heterogeneidad y las diferencias que los caracterizan.

Dicho sea de paso, ese mismo binarismo se proyecta sobre las estrategias utilizadas de manera preferente por las traductoras canadienses, que cifran su objetivo en voltear el orden existente. La traducción, según de Lotbinière-Harwood (1989: 9), implica “reescribir en femenino” (“rewriting in the feminine”); para Godard (1990 [1995: 94]), supone “feminizar el texto” (“womanhandling the text”). Es más, como insiste la primera, si bien la “neutralización” y la “desexualización” pueden ser vías para lograr un lenguaje inclusivo, para hacer visibles a las mujeres se precisa *resexualizar* el lenguaje (de Lotbinière-Harwood 1991: 115). De ahí que las versiones de esta y otras traductoras, por medios sumamente creativos y abiertamente intervencionistas, no desaprovechen *ninguna* ocasión para marcar el elemento femenino. No en vano, para de Lotbinière-Harwood (1989: 9), en eso consiste el feminismo.

No hace falta decir que, en opinión de las tendencias de corte postestructuralista hoy en boga, el feminismo es mucho más que un proyecto centrado en *lo femenino* (cfr. Alcoff 2002). De hecho, el feminismo actual critica los enfoques precedentes que basaron sus reivindicaciones en un concepto monolítico, autocontenido e invariable que, paradójicamente, terminaba invisibilizando las diferencias entre las propias mujeres; asimismo, desconfía de que las mujeres tengan una experiencia particular compartida por el hecho de serlo, una creencia que invalida el diálogo dentro y fuera de las fronteras del género. En efecto, el feminismo de la diferencia y sus corolarios más frecuentes (la reivindicación de un lenguaje o una literatura de mujeres) se han visto últimamente muy desacreditados por cuanto terminan incurriendo en los mismos vicios de la cultura patriarcal que tratan de derrocar.

No es de extrañar que estas razones se repitan a la hora de expresar las prevenciones hacia el ideario y los métodos de ese *primer paradigma* de traductoras feministas. De este modo Rosemary Arrojo (1994), África Vidal (1998: 117-118) y Vanessa Leonardi (s.f.), entre otras, han puesto en tela de juicio el doble rasero con que las traductoras feministas cuestionan la apropiación ideológica contraria a sus ideas por parte de los que denominan *falotraductores* (Henitiuk 1999), a la par que legitiman, a menudo como neutrales, sus propias apropiaciones ideológicas, sus “ginotraducciones”. Por otra parte, también se ha criticado el excesivo elitismo que despliegan (y, a la inversa, exigen) las vanguardistas técnicas de resexualización del discurso, que, a juicio por ejemplo de Von Flotow (1998: 5), no están exentas del riesgo de ser incomprendidas por el público medio, desconocedor del experimentalismo academicista de la escritura en femenino. Más aún, además de elitistas, estas estrategias se perciben deudoras de unos modelos epistemológicos y traductológicos claramente occidentales; de hecho, ciertas voces alertan contra la estandarización etnocéntrica de la dife-

rencia cultural que, a través de la traducción, sufren *otras* mujeres distintas de la voz homogénea u homogeneizada que emerge desde las potencias culturales (cfr. Spivak 1993; Maier y Massardier-Kenney 1996).

Los argumentos empleados por estas teóricas no son sino análogos a los que en su día se esgrimieron para desechar la peligrosa idea de que el futuro de las mujeres pasaba por la afirmación de *una* voz, *una* lengua y *una* cultura propias y privativas del género. Y es que el feminismo contemporáneo entiende que el género es un signo (más) de identidad, pero en ningún caso una barrera; es más, lejos de venir (biológicamente) dado, es una realidad que hay que inventar, una (in)definición por rellenar. En los nuevos paradigmas que huyen del prescriptivismo, no hay formas preestablecidas de ser mujer; tampoco un lenguaje de mujeres normalizado que haya de respetarse para ser “femenina” o a riesgo de dejar de serlo. La feminidad y su espacio son territorios que hay que ir ampliando, más que con ortodoxias, con imaginación y atrevimiento. Evidentemente, en esta empresa también están llamadas a colaborar las traducciones.

En esta línea, en los últimos tiempos ha empezado a gestarse en nuestra disciplina un *segundo paradigma* (Von Flotow 1998: 281), un nuevo feminismo antidogmático y heteróclito que, sin dejar de reconocer la importancia de las aportaciones previas, revisa y redefine (Massardier-Kenney 1997) los postulados de la *primera generación* para subsanar sus puntos débiles, a saber, fundamentalmente su adhesión a definiciones y categorías demasiado “fuertes”.

Así, en línea con las últimas tendencias feministas de corte postestructuralista, una nueva hornada de traductoras y traductólogas exige una problematización de la noción de género y, por extensión, de las aproximaciones centradas en este concepto. Se trata, en definitiva, de rechazar la oposición ancestral entre lo masculino y lo femenino, y de disociar el concepto de género de este último elemento: tanto la masculinidad como la feminidad, dicen Maier y Massardier-Kenney (1996: 225), participen en la conceptualización de la diferencia. De esto se deduce que la práctica de la traducción que exhiba una conciencia de las cuestiones de género no tiene por qué restringirse, como ha ocurrido *de facto* hasta ahora, a la labor militante de un colectivo de mujeres. Frente al “Soy traducción/porque soy mujer” que hacía suya como premisa el primer paradigma, se impone un cuestionamiento de la base anatómica de las identidades, como refleja una cita extraída de una novela de Cassandra Reilly: “Woman or man? Neither... I’m a translator” (“¿Mujer o varón? Ni una cosa ni otra... Soy traductor/a”) (*apud* Maier y Massardier-Kenney 1996: 231).

De ahí que ciertas teóricas, aun cuando no renieguen de su adhesión al feminismo, recelen de las denominadas “traducciones feministas” y se decanten por las que denominan “woman-identified translations”: las realizadas por personas que se identifican *con* las mujeres, y no necesariamente *como* mujeres (Maier *apud* Godayol 1998: 161). Dicho sea de paso, identificarse con las mujeres exige, en la actualidad, reconocer la pluralidad inherente a dicha categoría.

Esta es otra de las reivindicaciones constantes en este *segundo paradigma* incipiente: si se acepta que la “mujer” es un constructo de una diversidad y heterogeneidad pasmosas, se hace preciso, y saludable, reconocer que existen numerosas formas de “traducir en femenino” (Von Flotow 1998: 12). Toda traducción exige pararse a recapacitar sobre la especificidad de la subjetividad femenina particular que acomete la traducción o en nombre de la cual se hace. Maier, en este sentido, se muestra partidaria de las que denomina “woman-interrogated translations”, unas versiones que cuestionan constantemente el constructo “mujer” del que parten (1998: 102). Godayol, por su parte, anima a no dar nunca por sentado qué significa “translating as/like a woman” (Godayol 2005: especialmente 10-11).

Lo que está en entredicho es la validez universal y atemporal de los patrones de traducción feminista que se han erigido en ortodoxia. Alice Parker (1993), por ejemplo, viene abogando por modelos de traducción feministas que no se articulen únicamente en torno al concepto de género. En opinión de esta autora, el género no es sino una variable más de la identidad. Desde el ángulo crítico que ofrecen las emergentes teorías del lesbianismo, Parker es pionera a la hora de reclamar enfoques sobre la traducción “polisexuales” y “multigénéricos”.

De manera particular, se impone una reconsideración de las estrategias heredadas del primer paradigma. En concreto, está en entredicho el prescriptivismo de las canadienses en su apuesta acrítica por la completa resexualización del lenguaje, por la feminización total del discurso. Así, por ejemplo, Carol Maier, enfrentada a la traducción al inglés del subtítulo de una obra de María Zambrano, *Veinte años en la vida de una española*, ante la disyuntiva de marcar explícitamente el femenino o refugiarse en el neutro, decide no hacer énfasis en la feminidad de una filósofa que en ningún momento quiso ser identificada como feminista (cfr. Von Flotow 1999: 282; Godayol 1998: 158). Si en este caso Maier estima la feminización inoportuna por razones muy precisas, en opinión de Riabova (2001: 144) su uso indiscriminado puede resultar contraproducente para la causa de la mujer, en tanto en ciertos idiomas supone la recuperación de formas que históricamente se han recubierto de un matiz peyorativo o devaluativo. No olvidemos que el femenino a menudo ha servido para calificar despectivamente a las mujeres que exhibían los rasgos atribuidos a la correspondiente forma masculina (como es el caso de “sargenta”), para hacer referencia a actividades con menor reconocimiento que el masculino respectivo (así, “secretaria”) o para designar a la esposa de determinados cargos ocupados históricamente por varones (como “médica” o “alcaldesa”). Como también se deriva del artículo de Matsu-moto (2004), quien pone de relieve los problemas que traería consigo la utilización del “lenguaje femenino” tradicional japonés (en lugar del “masculinolecto” existente) para traducir a autoras como Hélène Cixous a esta lengua, son muchos los riesgos que acompañan a la utilización mecánica, descontextualizada, de la que no es sino una serie limitada de estrategias. En definitiva, como sugiere Godayol, traducir *como/en tan-*

to que mujer significa no dar por sentada la verdad absoluta de ninguna traducción. Y ello, continúa esta autora, implica a su vez la exigencia para la traducción feminista de acometer una reflexión y una autocrítica permanente de las representaciones, los métodos, las aplicaciones, focalizaciones, procesos textuales y decisiones tácticas provisionales (Godayol 2005: 14)

Si las teorías y prácticas feministas de la traducción pretenden seguir evolucionando, flaco favor se les hace limitándolas a la reproducción de sus modelos canónicos, es decir, de sus virtudes, pero también de sus limitaciones. En un momento en el que son indudables el reconocimiento y grado de institucionalización de que gozan, el reto es no renunciar al experimentalismo, ser crítico con sus fallas y luchar contra el conformismo en busca de potencialidades no descubiertas. Sólo así pueden las traducciones con conciencia de género seguir proponiéndose como estandartes de la resistencia.

## NOTA

\* Este artículo se enmarca en el Proyecto de Investigación I+D “La perspectiva de género en la enseñanza de la traducción: aplicaciones didácticas” (SA071A05), financiado por la Junta de Castilla y León.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCOFF, L. (2002) “Feminismo cultural *versus* post-estructuralismo: la crisis de identidad de la teoría feminista”, *Debats* 76, 18-42. Trad.: M. R. Martín Ruano.
- ARROJO, R. (1994) “Fidelity and the Gendered Translation”, *TTR* 7(2), 147-164.
- BASSNETT, S. Y LEFEVERE, A. (eds.) (1995) *Translation, History & Culture*. Nueva York: Cassell.
- BAUMGARTEN, N. (2005) “On the Women’s Service?: Gender-conscious Language in Dubbed James Bond Movies” en *Gender, Sex and Translation. The Manipulation of Identities* de J. Santaemilia (ed.), 81-96. Manchester: St. Jerome.
- BRUFAU ALVIRA, N. (2005) *Nuevas direcciones de la traducción de textos jurídicos sobre la mujer*. Salamanca: Universidad de Salamanca. Inédito.
- LOTBINIÈRE-HARWOOD, S. DE (1989) “About the *her* in other”, en *Letters from An Other* de L. Gauvin, 9-12. Toronto: Women’s Press.
- \_\_\_\_\_(1991) *Re-belle et infidèle. La traduction comme pratique de réécriture au féminin/The Body Bilingual. Translation as A Re-writing in the Feminine*. Montreal: Les Éditions du remue-ménage.
- FLOW, L. VON (1991) “Feminist Translation: Contexts, Practices and Theories”, *TTR* 4(2), 69-85.
- \_\_\_\_\_(1998) “Dis-unity and Diversity: Feminist Approaches to Translation Studies” en *Unity in Diversity? Current Trends in Translation Studies* de BOWKER, L. et al (eds.), 3-13. Manchester: St. Jerome.
- \_\_\_\_\_(1999) “Genders and the Translated Text: Developments in ‘Transformance’”, *Textus* 12, 275-288.
- GODARD, B.(1990)“Theorizing Feminist Discourse/Translation” en *Translation, History &*

- Culture* de S. Bassnett y A. Lefevere (eds.), 87-96. Nueva York: Cassell, 1995.
- GODAYOL, P. (1998) "Interviewing Carol Maier: a woman in translation", *Quaderns. Revista de traducció* 2, 155-62.
- \_\_\_\_ (2005) "Frontera Spaces. Translating as/like a Woman" en *Gender, Sex and Translation. The Manipulation of Identities* de J. Santaemilia (ed.), 9-14. Manchester: St. Jerome.
- HENITIUK, V. (1999) "Translating Woman: Reading the Female Through the Male", *Meta* 44 (3), 469-484.
- HURTADO, A. (2001) *Traducción y traductología*. Madrid: Cátedra.
- LEONARDI, V. (s.f.) "Gender Issues in Translation Studies". *Centre for Interdisciplinary Gender Studies. E-papers*, en: <http://www.leeds.ac.uk/gender-studies/epapers/leonardi.htm>.
- MAIER, C. (1998) "Issues in the Practice of Translating Women's Fiction", *Bulletin of Hispanic Studies* 75, 95-108.
- MAIER, C. Y MASSARDIER-KENNEY, F. (1996) "Gender in/and Literary Translation" en *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of "Translation Spectrum"*. *Translation Perspectives IX* de M. G. Rose (ed.), 225-242. Binghamton: Center for Research in Translation.
- MASSARDIER-KENNEY, F. (1997) "Towards a Redefinition of Feminist Translation Practice", *The Translator* 3(1), 55-69.
- MATSUMOTO, I. (2004) "Problems in Translating Hélène Cixous into Japanese Feminine Language" en *Joyful Babel* de M. Diocaretz y M. Segarra (eds.), 153-161. Amsterdam y Nueva York: Rodopi.
- MOYA, V. (2004) *La selva de la traducción*. Madrid: Cátedra.
- PARKER, A. (1993) "Under the Covers: A Synaesthesia of Desire. Lesbian Translations" en *Sexual Practice, Textual Theory: Lesbian Cultural Criticism* de S. Wolfe y J. Penelope (eds.), 322-339. Cambridge y Oxford: Blackwell.
- RIABOVA, M. Y. (2001) "Translation and Sociolinguistics: Sexist Language as a Translator's Problem" en *Translation and Meaning, Part 5*, de M. Thelen y B. Lewadowska-Tomaszczyk (eds.), 141-145. Maastricht: Hogeschool Zuyd/ Maastricht School of Translation and Interpreting.
- SPIVAK, G. (1993) "The Politics of Translation". *Outside in the Teaching Machine*, 179-200. Londres y Nueva York: Routledge.
- TYMOCZKO, M. (1999) *Translation in a Postcolonial Context*. Manchester: St. Jerome.
- VENUTI, L. (1992) *Rethinking Translation*. Londres/Nueva York: Routledge.
- VÍDAL, Á. (1998) *El futuro de la traducción*. Valencia: Alfons el Magnànim.
- VÍDAL, Á. Y M. R. MARTÍN RUANO *Critical Insights in Legal Translation*. Manchester: St. Jerome. En prensa.
- WEBER, O., SINGY, P. Y GUÉX, P. (2005) "Gender and Interpreting in the Medical Sphere: What is at Stake?" en *Gender, Sex and Translation. The Manipulation of Identities* de J. Santaemilia (ed.), 137-148. Manchester: St. Jerome.